

## La técnica, la posmodernidad y el poder

*Jorge Bolívar*

Liotard, con lucidez, presenta la cuestión de la posmodernidad como «una condición», no como una «posición» u «opción». No es algo que se determine desde el pensar, ni tampoco desde la voluntad de cultura. Es –como dice el propio Lyotard– «la condición de saber de las sociedades más desarrolladas»<sup>1</sup>.

Establece, en particular, el problema de la legitimación de los metadiscursos científicos y políticos en la posmodernidad, que ya no necesitan recurrir para presentarse en el mundo al sostén o al piso de un «gran relato», del tipo de «la dialéctica del espíritu» o «la emancipación del sujeto razonante o trabajador».

Uno de los méritos específicos del texto de Lyotard es minimizar el paradigma del carácter reaccionario y neoconservador de las tesis posindustrialistas, mostrando, más bien, el nexo existencial profundo de la epocalidad postindustrial con la posmoderna.

Igualmente valioso es el ensayo de Gianni Vattimo «El fin de la modernidad». Allí el pensador italiano nos muestra que la posmodernidad «no es una superación», no es un progreso –oscuro o claro según quien lo interprete– de lo tardo-moderno a lo pos-moderno, es, esencialmente otra cosa que más bien apunta a un despedirse, a un alejarse, a un profundo tomar distancias con la forma y la manera moderna de ver al mundo. «El post de moderno –dice Vattimo– indica una despedida de la modernidad en la medida que quiere sustraerse a sus lógicas de desarrollo y sobre todo a la idea de superación»<sup>2</sup>.

Particularmente valiente es el enfoque de Vattimo porque muestra la profunda relación entre este horizonte posmoderno con Nietzsche y con Heidegger. «Solo –estima– en relación con la problemática nietzscheana del

eterno retorno y con la problemática heideggeriana del rebasamiento de la metafísica adquieren, en verdad, rigor y dignidad filosófica las dispersas y no siempre coherentes teorizaciones del período posmoderno; y solo en relación con lo que ponen de manifiesto las reflexiones posmodernas sobre las nuevas condiciones de la existencia en el mundo industrial tardío, las intuiciones filosóficas de Nietzsche y Heidegger se caracterizan de manera definitiva como irreducibles a la pura y simple '*Kulturkritik*' que informa toda la filosofía y toda la cultura de principio del siglo XX.»<sup>3</sup> Para Vattimo, la comprensión del fenómeno posmoderno adquiere profundidad si se tiene el coraje de adoptar la crítica heideggeriana del humanismo y el anuncio nietzscheano del nihilismo consumado como momentos afirmativos y no sólo como síntomas o denuncias sobre la decadencia.

Esta recuperación del nexo entre el gran pensamiento de la Alemania anterior a la burda fatalidad hitlerista y el posmodernismo resulta sumamente valiosa al exponerse así a la luz y no en forma más o menos velada o vergonzante, como había ocurrido en muchos notorios pensadores de este siglo. Como se trata de un pensamiento que contiene a la voluntad de poder y al despliegue de la técnica planetaria, pero sin compromisos ontológicos con los fundamentos racionalistas dominantes en el proyecto de la modernidad, permite justamente no ver a lo posmoderno como una enfermedad sino como un hecho que expresa aspiraciones de salud y fuerza nuevas.

Una tarea semejante se puede realizar en la comprensión del orden económico, con esta misma corriente de pensamiento, porque ella aporta –como en el nexo helenístico entre Grecia y Roma de los comienzos del Imperio– una comprensión mayor de lo que está en juego, es especial con relación al núcleo cultural que ha comenzado a reordenar –desde perspectivas no modernas– a las obras y construcciones –algunas altamente valiosas– de la modernidad y del racionalismo, en particular del democrático.

La tesis básica a la que nos obliga a pensar la expansión de la técnica planetaria es que el entronque de lo moderno y lo posmoderno no debería ser

considerado solamente en forma moderna, como confrontación, superación o reacción, sino mucho más como integración cuyas grandes mutaciones no se producen «in toto», ni desde afuera, como en una lucha entre enemigos externos, sino en el interior del propio orden ontológico –con sus verdades, fundamentos y concepciones metafísicas– las que, al rotar de signo, provocan a la vez, derrumbes, recuperaciones y aperturas, del orden cultural que alimenta y, generalmente, cohesiona la vida social de los hombres en su despliegue mundano.

Esta apertura que se escuda bajo el símbolo «posmodernidad» ofrece tanto derrumbes, o deterioros, como recuperaciones en otras condiciones, de los sentimientos, las verdades y, por sobre todo, las voluntades, que fueron construyendo el tejido moderno. La aparición de nuevas formas de experimentar el poder y el tiempo, en su mutua relación, resultan esenciales.

Al término de la modernidad sabemos algunas cosas puntuales de gran importancia en esta perspectiva de la apertura del pensar: el juego de poder moderno no se ha expresado finalmente como racionalidad, sino más bien, como voluntad. Esta voluntad no ha sido básicamente un querer. Tampoco un saber del dominio ni del control, ínsitos en el juego del poderío.

Este núcleo de sabiduría debe exponerse ahora a las nuevas condiciones de la vida del hombre sobre la tierra, en particular en los países más avanzados y expresivos de la modernidad, los capitalistas democráticos. Los propios términos: poder, voluntad, querer, saber, deben reelaborarse con perspectivas más propiamente posmodernas. Incluso deben ser adquiridos más «técnicamente».

En este sentido, la restauración del término «voluntad» parece necesaria. En la modernidad se ha abusado del término para mostrarlo como un «querer humano racionalizable» y también sustituto de la voluntad de Dios, que dijo: «Hágase la luz», y la luz se hizo.

Como lúcidamente enseñó Nietzsche, la voluntad es más elemental y primaria, es solo un «querer ser más fuerte». Funciona como una deriva cósmica

—como una energía— en los cuerpos del mundo. Este signo llamado voluntad opera básicamente en sociedad, entre comunidades de voluntades que conforman centros de fuerzas, más o menos efímeros. El juego individual y social de la voluntad puede mejorarse e incluso normalizarse y, hasta en ciertos períodos de pacificación, controlarse culturalmente, como lo ha demostrado valiosamente el catolicismo medieval o europeo, pero lo que no puede es cambiar su naturaleza. La voluntad humanoide que «quiere hacer luz», a diferencia de la divina, no sabe realmente lo que es la luz hasta que la hace y en este caso, tampoco sabe cuanto va a «costarle existencialmente» su experimento técnico de poder iluminatorio, ni a expensas de qué contrapartida de sombras llegará a darle un carácter de posibilidad permanente.

Este juego de poder voluntario —cuya determinación metafísica ha sido el sostén oscuro y verdadero de esta gigantesca iluminación llamada modernidad— al finalizar el siglo se encuentra a la búsqueda de un nuevo ordenar ontológico, de un «nuevo orden» cultural y político. Está como vaciada de proyectos. Erra, como lo había pronosticado Axelos. Se despliega persiguiendo a su propio pensar errante. Pero nada indica que vaya a desaparecer de un día para el otro. Los grandes desórdenes políticos del fin del siglo: el derrumbe del comunismo soviético, la reunificación alemana, la Guerra del Golfo, los conflictos étnicos centroeuropeos, la expansión fundamentalista, la guerrilla mexicana, etc.; son obra evidente de esta antigua voluntad de poderío que recorre los siglos, sin perder su vigor e importancia histórica.

Pero no puede ignorarse que el horizonte de la técnica planetaria está ofreciendo un sustituto de la voluntad humana que podría absorber y subsumir sus fuerzas, dado el actual gigantismo de las sociedades, con sus problemas sociales, político-administrativos, militares y científicos. Una ontología cibernética, una administración racional del mundo y de sus recursos. Aunque no es una razón humana, preocupada por valores sociales y por la ética de los individuos la que actúa, sino una lógica matemática, operativa, de fondo estadístico, que puede contener, como parte de su orden, el genocidio o el sometimiento de pueblos atrasados o marginados enteros.

Esta perspectiva cultural orgánico-técnica está ya presente en nuestros cuerpos de poder actuales, pero su completo dominio planetario no es más que una posibilidad en el fin del siglo. La voluntad, en su dimensión humana y superhumana, individual o colectivamente expresada, aún está en la proa de esperanzas y tormentas, aunque el navío haya comenzado a no pertenecerle integralmente. Aunque vaciada de «ordenar» y de sentido político, su despliegue persiste.

En el orden de poder de la sociedad del conocimiento y la información, la voluntad se manifiesta en el mapa de decisiones que requieren las cimas de las terminales políticas y económicas, como las redes comunicacionales y los núcleos investigadores particulares, en especial en los que persiguen el develamiento de los códigos genéticos.

También una voluntad de apuesta se expresa en todos los juegos normativos culturales y en los propios anudamientos de las infinitas redes sociales. En el juego moderno-posmoderno esta voluntad ha llegado incluso al corazón del vínculo simbólico.

Para la filosofía posmoderna la voluntad de poder no existe. Sería, a lo sumo, otra de las modalidades del ser. O una abstracción afortunada o un símbolo oscuro de fuerzas vivientes que no pueden describirse ni expresarse desde afuera.

Pero para los lenguajes populares y cotidianos que traman los tejidos, las carnes y las grasas, de las culturas vinculantes, la voluntad de poderío tiene sentidos casi prístinos que han ido creciendo con los cultos y cultivos de la globalidad.

Quienes no la hayan experimentado no han podido aún asomarse a lo sobrehumano que habita en lo humano hacia el fin de la época moderna.

Frente al nexo impuro y no necesariamente vinculador –en un sentido fuerte y comunitario– de la técnica, la voluntad, en particular la voluntad de símbolos, aún expresa una antigua vitalidad originaria.

Por ello mismo, porque esta voluntad es todavía vida, es que, en este reordenamiento cultural profundo al que nos asomamos, debemos abrirnos a sus nuevas maneras de experimentar el poder y el tiempo. Ellas parecen impulsar ciertos núcleos del juego del mundo al término del siglo, núcleos en los que se muestra –enigmática y dominante– la figura planetaria del nuevo absoluto ligada, como contrapartida, a la expansión mundial de la técnica.

## Notas

<sup>1</sup>Lyottard Francois, *La condición posmoderna*, Cátedra, Madrid, 1983.

<sup>2</sup>Vattimo Gianni, *El fin de la modernidad*, Gedisa, 1965.

<sup>3</sup>Vattimo Gianni, *El fin de la modernidad*, Op. Cit.